

Un tiempo patas arriba

Jesús Montiel¹

La señora T, al explicar lo que sintió cuando le comunicaron la noticia de su cáncer, dijo que fue si, de pronto, le hubieran arrebatado todo el futuro. También se evaporaron los álbumes de fotos que nos quedaban y tus novias y la carrera que elegirías. La enfermedad pone el tiempo patas arriba. Cuando nos acorrala, lo primero que nos pide es la moneda del futuro. Todo aquello que tenemos planeado que suceda. Me di cuenta de la cantidad de tiempo que uno emplea construyendo ese tiempo inútil. Hasta entonces uno se piensa que la vida se divide en lo que sucede, lo que ha sucedido y lo que sucederá. Así lo aprendemos desde niños, lo damos por hecho. Ahora sé que sólo existe lo que está sucediendo. El pasado y el futuro son un intento de poner orden a lo que sucede sin detenerse, desatadamente. La enfermedad de un ser querido, nuestra propia enfermedad, nos arrebata esa ficción en la que pasamos tantas horas y nos regala el tesoro del ahora. De otro modo, el pájaro que se ha posado en el alféizar, mientras escribo, sería un pájaro cualquiera. En el hospital, todo era el último pájaro, la última nube, el último crepúsculo. Sólo los tontos, los santos, los locos y los niños danzan en los salones del ahora.

[...]

A los amigos y familiares que venían a vernos se les notaba mucho cómo intentaban esconder su crispación con una risa torpe, impostada, con la armadura de unas palabras consoladoras.

Seguro que acaba bien. No sabes cuánto lo siento. Para lo que necesiten... Rezaremos. Yo tuve un amigo y luego nada. Los tratamientos ahora son mejores que en el pasado. Verás como todo se queda en un susto.

Pensaban que así conseguían aliviarme. Lo hacían de buena fe. Pero sus frases no servían para nada, se quedaban en la orilla de mi dolor, eran como dardos que se caen durante el vuelo, antes de la diana. Date cuenta: todas nos aseguraban un futuro mejor, nos movían del ahora llevándonos a rastras al mundo de las hipótesis. La verdadera ayuda hubiera sido un visitante que, sentándose a mi lado, te adorase como hacen los monjes delante de los iconos.

Un enfermo come, orina, duerme, conversa. Nada más. Los que vienen a visitarlo no soportan la visión de una vida completamente desnuda. Por eso se retiran con prisa y vuelven a cubrir sus vidas con sus asuntos.

El capellán del hospital allanaba nuestra habitación con carea de sabelotodo, y eso no me gustaba: [...] Me dijo que yo tenía que ser fuerte, que no podía hundirme porque mamá debía tener al lado un hombre donde apoyarse. No te escandalices, pero tuve ganas de echarlo. Dios no se aparece a las palabras del capellán. No puede exigirnos algo tan inhumano, permanecer incólumes. Qué Dios es ése que nos pone un corazón de carne y luego nos pide una piedra. Te diré por qué lo sé. Otro día, de noche, yo dormía a tu lado. Lloraba a moco tendido. Durante el día tenía que fingirme fuerte, tragarme las lágrimas en el cuarto de baño, sin la policía de tus ojos, así que aprovechaba la oscuridad para desahogarme. Esa noche me abrazaste. No estabas dormido. Me dijiste te quiero y me besaste. Fuiste tú quien me consoló mientras yo me rompía. Descansé mucho al saber que no tenía que dar ninguna talla. Tu abrazo sí era Dios. Un Dios con la estatura de un niño de tres años.

¹ J. Montiel, *Sucederá la flor*, Pre-textos, 2018, p. 27.